

à los atractivos de las riquezas, y à los movimientos de la vanidad: contemplad, Católicos, la oposicion que se advierte entre vuestras costumbres, y este perfecto modelo: vosotros parece que abandonais la santidad Christiana, para los Eclesiasticos; para éstos, segun vuestro dictamen, no hay virtud que sea demasiado severa, ni falta que admita escusa; mirais sus mas leves defectos como gravisimos delitos, y à vuestros execrables delitos los disfrazais con otros nombres: al libertinage llamais politica; à la avaricia, prudencia; y à la ambicion, grandeza del alma: sois inexorables, con aquellos desgraciados Eclesiasticos, que caen por su flaqueza, en alguna culpa, y no reparais en las sublimes virtudes de muchos individuos del mismo estado; y aun algunas veces, os acordais, aunque con una infame hipocresia, de la primera edad de la Religion, en la que no se veían en el Santuario, sino vasos de oro: ponderais la santidad de los antiguos Ministros de la Iglesia, para compararlos maliciosamente con los de nuestros días: ¿pero por qué no llorais tambien el desorden de vuestras costumbres, que es la verdadera causa de la relajacion de la disciplina? ¡Ah Dios mio! ¡que no veamos renovarse aquellos felices tiempos en que la Iglesia no sufría ni indignos Ministros, ni malos Christianos! de este modo nos costaria menos trabajo el ser perfectos en medio de un Pueblo Santo, que el permanecer Santos en medio de un Pueblo corrompido: bolved vuestras censuras, Católicos, contra vosotros mismos; estudiad en el exemplo de San Lorenzo las obligaciones de un verdadero Christiano, y confusos al ver lo distantes que

que hasta ahora haveis vivido de la santidad de nuestra Religion, procurad hacer los mayores esfuerzos para llegar à ella; y para mas alentar vuestro fervor, os manifestaré en la segunda parte de este discurso, que nuestro Santo sirvió de prueba à la verdad de nuestra Religion por la firmeza de su fé, la que le dió una completa victoria contra sus perseguidores.

SEGUNDA PARTE.

PARA conocer el distintivo de verdad, que reyna en la Religion Christiana, basta representarnos las reglas que señala à las costumbres, y las ideas que forma de la Divinidad. Sola esta Religion nos enseña à vivir de un modo digno del hombre, y à pensar dignamente de Dios, y por consiguiente, sola ella nos guia à la verdadera sabiduria, y à la verdadera felicidad.

Pero no obstante ser tan sublime por su perfecta moral, y por la grandeza de sus misterios, me atrevo à decir, que no hay cosa mas propia para alentar nuestra fé, que la constancia, y multitud de sus Martyres, y para confundir à la incredulidad, no hay voz mas eloqüente que la de su sangre: reflexionemos atentamente esta prueba de nuestra Religion, la que no es agena del presente discurso, y aun acaso hace muy necesaria esta reflexion, la corrupcion de nuestro siglo.

¿A qué podria atribuirse, Señores, la constancia de tantos Christianos, en medio de los mas crueles tormentos? ¿Seria acaso efecto de las preocupaciones

de la educacion? No por cierto, porque criados, la mayor parte de ellos en el seno del Paganismo, abandonaban contra todas las preocupaciones de su educacion, una supersticion floreciente, que era la Religion dominante, por abrazar una nueva doctrina, que era el escandalo del mundo. ¿Seria efecto del poder, y autoridad de los Gefes de esta Religion? No, Señores, pues no tenian otro objeto de su adoracion, que un Dios crucificado, ni mas predicadores de su fé, que unos hombres despreciables en el mundo por su pobreza, y ministerio: ¿seria el deseo de vanagloria? ¿à qué gloria havian de aspirar unos hombres que vivian desconocidos del mundo, ò que si éste los conocia era solamente para calumniarlos, obligandolos à buscar su seguridad en las tinieblas, ó à perder su honor, y su vida en los cadahalsos? ¿serian los intereses de la carne, y de la sangre? ¿pero qué atractivos podia hallar la naturaleza en una vida pobre, y mortificada, y en una muerte cruel, è ignominiosa?

¿A qué podremos, pues, atribuir los milagros de paciencia, de valor, y de santidad que admiramos en los Martyres? ¡oh Dios mio! vuestra gracia solamente era la que nos hacia inflexibles contra el error, è invencibles en las persecuciones: solamente vos, ò Dios mio, podeis ganar el corazon del hombre, por medio de los trabajos, llenarle de alegria en las aflicciones, y hacerle que halle su mayor deleyte en la mortificacion, sus riquezas en el desprecio de todos los bienes de la tierra, su gloria en los abatimientos, su libertad en las cadenas, su consuelo en los suplicios, y su salud en la muerte.

No

No os admireis, pues, Catolicos, al oírme decir que San Lorenzo sirvió de prueba à la verdad de la Religion: esta gloria, aunque le es comun con los demás Martyres, se puede mirar como muy propia suya: su triunfo fue de los mas famosos que celebra la Iglesia; y para ver la eficacia del testimonio que dió en favor de la Religion Christiana, no tenemos mas que representarnos las ansias con que deseó la muerte, y el genero de muerte que sufrió.

Lo primero que se presenta à nuestra vista en San Lorenzo, es el ansia con que deseó padecer: no os figureis, Catolicos, à nuestro Santo, animado de aquel zelo indiscreto de algunos Christianos poco instruidos, que buscando por sí mismos la persecucion, la atraían infelizmente sobre los demás hermanos, rindiendose despues ellos mismos, por flaqueza, al peligro en que se havian empeñado por temeridad. La antigua disciplina no permitia estos excesos, los que aunque algunas veces eran laudables, las mas solian ser funestos: la Iglesia, prudente siempre en sus reglas, no queria que sus hijos tuviesen la presuncion de presentarse à los perseguidores, solamente les mandaba que tuviesen valor para resistir à sus amenazas, y aun negaba los honores del martyrio à los que, por decirlo asi, le habian deseado con ambicion: *Si quis idola fregerit, & ibidem fuerit accisus, quia in Evangelii non est scriptum, nec invenitur ab Apostolis unquam factum, placuit eum in numerum non recipi Martyrum.* (Concil. Illeber. Can. 60.) Si en algunas ocasiones colocó en el numero de sus Santos, à los que por sí mismos se presentaron à los Tyranos, no quiso que su exemplo

li 2

sir-

serviese de regla, solamente intentó darnos á entender, que así como en los unos sabia contener los movimientos humanos, sabia tambien respetar en los otros los extraordinarios impulsos del Espiritu Divino.

En San Lorenzo debeis admirar, Catolicos, un Santo, cuyo fervor fue igualmente generoso, y arreglado: no tuvo la temeridad de querer obligar á los Tyranos á que derramasen su sangre, pero tampoco tuvo la cobardía de usar de precauciones para librarse de su furor: vedle, Señores, como fiel Ministro del Santo Pontifice Sixto II. acompañándole al lugar del suplicio, y publicando ser su Diacomo, en una ocasion, en que ni aun Christiano podia llamarse, sin exponerse al ultimo peligro: oídle publicar las limosnas que repartia á los pobres, y embidiando santamente la muerte de su Obispo, quejase á él de que no le asociaba á su martyrio; ¿por qué, exclama, abandonas á un hijo, que siempre ha venerado como á Padre? ¿por qué ofreces tú solo tu propio sacrificio, quando antes nunca ofrecias el de Jesu-Christo sin que yo te acompañase? ¿puedes temer que yo sea un exemplar de cobardía, quando tú me estás dando un exemplo de tanta constancia? Haz la prueba de si el Ministro que elegiste para distribuir la Sangre de Jesu-Christo, tendrá valor para derramar la suya: para poder yo participar mas libremente de la Corona, que á tí te está preparada, he repartido entre los pobres todos los tesoros que havias fiado á mi cuidado: no permitas, pues, que la muerte separe á un Pontifice del Levita con quien vivió tan intimamente

unido por su ministerio, ni te prives de la gloria de vencer segunda vez al Tyrano en la persona de tu Discipulo.

Estas generosas expresiones de nuestro Santo, no podian menos de nacer de un zelo ardiente por la gloria de Jesu-Christo, y de una viva persuasion de la verdad de su Evangelio: bien sé que hay cierto fervor indiscreto, que se exhala en vanos deseos, y que solo sirve de hacernos vanagloriar de nuestras fuerzas, y de ocultarnos nuestras propias flaquezas: porque muchas veces sucede, que contra el precepto del Apostol, queremos exceder la medida de nuestra virtud, y los limites de nuestra vocacion: el espiritu engañador suele inspirarnos algunas veces una falsa emulacion, y un engañoso deseo de aspirar á cosas que son superiores á nuestras fuerzas: embidiamos á los Santos sus heroicas acciones; nos quejamos secretamente de que solamente nos faltan las ocasiones que á ellos se les presentaron, y no las virtudes que ellos tuvieron: esta suele ser una ilusion muy frecuente en las personas que tratan de virtud, y por eso se desvanecen en proyectos quimericos; miden, no las fuerzas que en la realidad tienen, sino las que juzgan tener; no reparan en las cosas pequeñas, porque están llenas de ambicion por las grandes; y por tener la temeridad de aspirar al don que desean, tienen la desgracia de perder el que han recibido.

Pero los deseos que San Lorenzo manifestaba del martyrio, estaban muy distantes de esta ilusion: sus ansias nacia de una caridad mas fuerte que la muerte, y así, su mayor consuelo fue la esperanza que

le dió San Sixto de su proxima muerte: no te aflijas; hijo mio, le dice aquel Santo Pontífice, yo de ninguna manera te abandono, padezco solo, porque tú tengas tambien la gloria de triunfar solo: tu generoso corazon no necesita de mi exemplo para permanecer constante en el suplicio que te espera; si se te retarda la muerte algo mas que à mí, es porque te espera un suplicio mucho mas cruel, y porque el Señor reserva para el vigor de tu edad un combate, que no se ha dignado conceder à la flaqueza de la mia.

Ya llega el tiempo, Catolicos, de ver cumplida la profecía del Santo Prelado, y de que el sincero testimonio que Lorenzo acababa de dar en favor de la Religion, sea mas público, y famoso; por su constancia en padecer la muerte mas cruel: nuestro mismo Santo pronunció contra sí el decreto, quando publicó el uso que havia hecho de los bienes de la Iglesia; al oír sus expresiones, le manda el Tyrano que ponga en su poder los tesoros que estaban confiados à su ministerio; el Santo Levita obedece, y juntando todos los pobres, entre quienes havia repartido los caudales, se los presenta al sobervio Valeriano, asegurandole ser aquellos los verdaderos tesoros de la Iglesia; pero al ver el cruel Emperador frustradas sus injustas esperanzas, manda à nuestro Santo que sacrifique à los Idolos, amenazandole, si no lo hace, de reunir en su persona todos los generos de tormentos con que havian sido martyrizados otros illustres Confesores.

Os representaré aqui, Catolicos, al casto cuerpo de San Lorenzo cruelmente azotado, despedazado con puntas de escorpiones, quemados sus costados

dos con hachas encendidas, y descoyuntado en el eculeo? Pero todo esto no es mas que prelude de un espectáculo en que por una parte se vió à quanto llega la crueldad que el Demonio puede inspirar à un Tyrano, y por otra la fortaleza que puede inspirar la gracia à un Christiano: para el invencible Lorenzo no basta padecer él solo en su cuerpo los varios generos de suplicio, que se havian antes repartido entre otros muchos Santos Martyres, sino que tambien debe padecer un martyrio extraordinario, y unos tormentos inauditos, para que de este modo queden satisfechas las ansias que tiene de padecer, y sea mas admirable su victoria.

Representaos, pues, Catolicos, à nuestro illustre Martyr tendido sobre unas parrillas, como sobre una cama de dolor, y quemado à fuego lento, como un cordero, que ha de servir de pasto al perseguidor, y de víctima à Jesu-Christo: ¡qué afectos puede excitar en nuestros corazones un espectáculo tan extraordinario! Christianos delicados, vosotros los que no teneis valor para desear los trabajos, mirad à ese hombre tendido en esas parrillas; mirad esa carne negra, y tostada, mugeres mundanas, que poneis todo vuestro cuidado en adornar un cuerpo, que ha de ser pasto de gusanos, y que acaso está manchado con los mas execrables delitos: amados oyentes míos, mirad todos à ese gran Santo, y medid el rigor de su martyrio por los excesos de vuestra delicadeza: vosotros, Ministros del Santuario, que os hallais honrados con la alta dignidad de Sacrificadores, mirad à un Levita, tendido sobre el Altar de su caridad, y de su Religion, en donde él

mis-

mismo es Hostia de su sacrificio; ved lo superior que le hace à nosotros la fuerza de su amor, quando nosotros somos tan superiores à él por la excelencia de nuestro caracter.

¿Pero cómo es posible que mis toscas expresiones puedan haceros comprehender, Catolicos, la naturaleza de su suplicio, y los prodigios de su constancia? ¿quién puede alcanzar qual sea la impresion de un fuego que penetra una carne abierta ya por muchas partes con el cuchillo? En otros Martyres hay el consuelo de que, ò los tormentos son mas cortos, ó son menos crueles; pero, ¡oh ingeniosa crueldad, que has hallado el secreto de dar al martyrio de Lorenzo un nuevo grado de violencia, y sin abreviar su duracion, aumenta su padecer! Cruel Tyrano, ¿por qué no le dás la muerte, ò le permites que viva? ¿no te basta el haverle embriagado con su sangre, sin querer tambien hartarte con su carne? y si todavia quieres gozar de ese barbaro placer, ha de ser necesario que esa carne inocente sea quemada viva, para que de ese modo sea mas deliciosa à tu crueldad? Angeles del Cielo, testigos de tan tragica escena, que con mano caritativa acudisteis al remedio de las primeras heridas, ¿por qué no templais ahora el ardor de ese fuego cruel? ¿y Vos, Señor, cómo no vengais la soberbia de vuestros enemigos, y dexais padecer de este modo à vuestros siervos? ¿por qué permitís que se tributen respetos à unas Divinidades inanimadas, como si tuvieran poder para perder à vuestros Martyres, y que se blasfeme vuestro Santo Nombre, como si no fuerais Dios de las Venganzas?

¡Pero

¡Pero que es lo que digo! ¿à dónde vá à precipitarme mi compasion? ¡ah, Catolicos! adoremos la sabiduria de un Dios santo, que quiere ser glorificado por medio de los dolores, porque solamente al Demonio corresponde ser glorificado por medio de la sensualidad: admiremos la constancia de un Martir protegido de Dios; y si contemplamos la violencia de sus tormentos, sea solamente para admirar su valor, y para imitar su constancia.

Ved aqui, Señores, un Santo que no se cansa de padecer, aunque los Verdugos se cansan de atormentarle; que conserva toda la libertad de su espiritu, y toda la tranquilidad de su alma, para burlarse del Tyrano que le atormenta, para alabar la misericordia de Dios que le conforta, y para regocijarse en los tormentos, que son corona de su triunfo: ¿qué objeto de mayor consuelo para nosotros, Catolicos, que la fé invencible de un Christiano, que sufre la violencia de un fuego abrasador, sin perder la paz de su alma, que viendo ya su cuerpo tostado por un lado, pide que le buelvan del otro; que convida tranquilamente al inhumano Juez à que coma de su carne, y que mira los excesos de su crueldad con mas gusto que huviera mirado los efectos de su compasion? En este triste estado halla la fé de Lorenzo su mayor consuelo, y en él descansa su amor: su corazon se conserva vivo en medio de tan cruel martyrio, porque le anima la caridad; su espiritu solo piensa en la felicidad que le espera; ofrece à Jesu-Christo sus dolores, y à Dios su agradecimiento: finalmente, padece con paz, y alegría, porque padece mas de lo que hasta entonces havia padeci-

do hombre alguno, y aun mas de lo que parece puede padecer un hombre.

A vista de tan gran triunfo, no me admira, Católicos, que la sangre de este ilustre Martyr haya pasado à otras venas; y se haya renovado en las personas de un Romano, y de un Hypolito: no me admira el que el glorioso suplicio de este Heroe, haya sido mirado como el mayor esfuerzo de las Potestades del Infierno, y como seguro presagio de la decadencia de su Imperio; porque ¿cómo era posible, ò Dios mio, que los infieles no admirasen en un exemplar tan extraordinario, una prueba visible de nuestra fé, y un poderoso motivo para su conversion? ¿cómo podrian menos de confesar à vista de tan barbaro espectáculo, que solamente el Demonio puede inspirar una crueldad tan monstruosa, y que solamente el verdadero Dios puede comunicar à sus siervos tan singular constancia? *Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.*

Tampoco me admira el que el fuego que consumió el cuerpo de Lorenzo, alumbrase los corazones de los infieles; lo que sí me admira es, que este fuego se haya apagado para nosotros, que haya tanta tibieza, y tanta corrupcion entre los Christianos, y que seamos menos fieles à Dios, porque ahora nos cuesta menos trabajo el servirle: confieso, Señores, que me parece que hoy tiene el mundo la misma oposicion à la virtud que tenia antiguamente à la fé: me parece que el vicio ha sucedido en el imperio del error, y que los pecadores ocupan el lugar de los Paganos: me parece que Jesu-Christo no tenia menos siervos en los primeros tiempos, porque havia

muy

muy pocos Christianos que no fuesen Santos, y que el Demonio no tiene hoy menos sectarios que entonces, porque hay muy pocos Santos entre tan gran numero de Christianos: no sé si la paz es mas saludable à la Iglesia, que la persecucion; si debe alegrarse de la tranquilidad que al presente goza, pues vé à tantos Christianos entregados à un funesto reposo, ò desear las pasadas aflicciones que la proporcionaban tantas Coronas en los triunfos de sus hijos: no sé si era menos feliz en aquellos antiguos dias, en que expuesta à la violencia de sus perseguidores, resplandecia con la santidad de sus hijos, ò si es mas triste para ella el presente siglo, en que se vé afrentada con sus desordenes, al mismo tiempo que reyna su fé, bajo la proteccion de los Principes: ¡oh tiempo de tribulacion! ¿por qué no has durado siempre? ¡oh tiempo de inocencia! ¿por qué te acabaste tan presto?

Nosotros principalmente, Señores, à quienes la gracia llamó al santo ministerio, nosotros, que elegimos al Señor para patrimonio nuestro, estamos mas obligados à mantener el honor de la Religion con nuestra fidelidad en el desempeño de nuestras obligaciones. Asi como los Israelitas, al ver el segundo Templo, no pudieron dexar de hechar menos la gloria del primero, nosotros no podremos tampoco acordarnos de las antiguas costumbres de los Christianos, sin llorar amargamente la relajacion que vemos en nuestros dias; pero esta misma relajacion debe alentar nuestro fervor, y nuestro zelo: esto pide la santidad de nuestro estado: nos hallamos mas particularmente alistados en la milicia de Jesu-Christo,

Kk 2

to,

to, para que trabajemos por su gloria! Hemos sido educados en el seno de la Iglesia; para que algún día llegamos à ser dignos Ministros suyos; y así, debemos hacer revivir à vista de los fieles las virtudes de nuestro glorioso Levita y protector, para que en nuestro exemplo aprendan la idea que deben formar del nombre christiano: seamos pruebas vivas de nuestra santa Religion por nuestro fervor, è inocencia; y animados de aquel espíritu de fortaleza que en él resplandeció, imitemos del modo posible su valor en defender nuestra fé.

Y vosotros, fieles, no os haveis de avergonzar de afrentar con vuestras costumbres el santo nombre que os distingue de los demás Pueblos de la tierra? ¿no haveis de conocer la obligacion en que os hallais de mantener la dignidad de este santo nombre, con la moderacion de vuestras costumbres? El honor de la Religion es un deposito que está en las manos de todos los que la profésan, y del que se des pedirá muy estrecha cuenta: es obligacion comun à todos los Christianos el animarse mutuamente à las virtudes, y evitar los escandalos; de modo, que estós sean tan raros como eran entre los primeros fieles: así como hay en la Iglesia una tradicion de sana doctrina, debe haver tambien una sucesion de costumbres santas; las leyes del Evangelio no obligan menos, por ser mas antiguas, ni puede prescribir contra ellas la relajacion que se ha introducido entre nosotros: es verdad que no todos son llamados como Lorenzo, à la perfeccion del estado Ecclesiastico, ni à dar testimonio de su fé à costa de su sangre: es verdad que ya, por la misericordia del Señor, no estamos en

tiempo de sufrir injustas persecuciones, por conservar la fé; pero, como dice el Apostol, siempre somos una estirpe escogida, una Nacion santa, y un Pueblo conquistado con la sangre de Jesu-Christo, y estos gloriosos titulos nos dán à entender, que somos llamados à ser Santos en este mundo, para poder ser eternamente felices en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE LA ASUMPCION

de nuestra Señora.

Examinemus nos, et videamus si habeamus partem in illa. Quae est ista, quae progreditur quasi Aurora con-
surgens, pulchra ut Luna, electa ut Sol, terri-
bilis ut castrorum acies ordinata? Cantic. c. 6.

¿Quién es esta, que camina como una recién nacida Aurora, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, y terrible como un Exercito formado en batalla?

HOY aplica la Iglesia, con justa razon, à Maria Santisima las palabras del Esposo de los Cantares: hasta ahora la Reyna de las Virgenes, oculta en la mas profunda obscuridad, no ha manifestado las extraordinarias maravillas, que se han obrado en su persona; pero ya llegó el dia glorioso, en que disipadas las sombras que la rodeaban, sale de entre las tinieblas, y todo el universo admirado les testigo de su gloria: hoy la ve el mun-